

PASADO Y PRESENTE DE UNA POSTURA HISPÁNICA

Empeño e historia

POR haber tenido que dar fruto en agraz, este empeño renovador nuestro necesita ir por caminos reales. E importa que en las encrucijadas se fijen los obligados alertas. No es la que merece menos cuidado esta de la postura a que se vió ligada la presencia y esencia del Imperio. Mal vino a ser abusar del vocablo, pero es mucho peor robarle contenido. Frente a esto va, principalmente, esta llamada de atención.

Conviene que se estudien con sentido objetivo la razón y la versión del Imperio de España. Urge que se atienda a lo imperial buscando la raíz que entre nosotros tienen lo unificador y lo proclamante. No ha ocurrido por vez primera este azar en la actividad de una doctrina en marcha. En otros lugares ha sido la medida en que lo social y lo nacional se iban cruzando. Aquí, la falta de medida en la pasión y el nombre, que han de darnos empeño no menos que historia. Función muy trascendente exactamente porque el agraz ha tenido que dar fruto. De ahí que encuentre justificación para romper el propósito —menos firme, por tanto, de lo que yo creía— de no hablar de Imperio, para colocar estas notas como tablón de alerta junto al camino de sirga, río abajo de nuestra actitud.

Por un lado —y vamos al concepto—, el Imperio es, fué y será aquella prestigiosa autoridad, aquel empaque de ilusión comunitaria, que así llamaron las gentes de Roma. Imperio también no sólo

en lo exterior, sino hacia adentro, que doblemente conviene entre españoles, tendidos en la seducción celtiberista. Así, siendo futuro y pensando en su tesis, ha sido experiencia. Una experiencia en sus buenas seis jornadas, superando las técnicas todas de los teatros universales. Así, de improviso: el Imperio peninsular, supremacía peculiar y jerárquica desde Alfonso VI; el Imperio mediterráneo, obra de la Casa de Aragón, con Sicilia y Atenas, y los peces de heráldicos colores; el Imperio europeo-africano, con Alfonso X, durante su alianza con Pisa y Marsella, pretendiente al Trono de Aquisgrán y ante el ataque de los benimerines, imperio revivido por Isabel y por Cisneros y aun testimoniado en vivencia y fervor de nuestra hora; el Imperio romano-germánico, experiencia en carne ajena, sueño de Alfonso el Sabio, letras de D. Juan Manuel y visión de Carlos I de Europa; el doble o triple Imperio de los Reyes Católicos, con los descubrimientos, la herencia de Oriente y el Vicariato universal, y, finalmente, el Imperio cristiano, tarea a la que se lanzan nuestros Reyes-Emperadores para reconstruir la Cristiandad, tarea de genio común en la que fallamos cuando Inglaterra y Holanda consiguen derribar nuestros flancos y aun atacar de frente. Realidades seis que nunca ocultaron ni ensombrecieron los conceptos mismos, hasta el punto de que, ya en el xvii, el Licenciado Maldonado, consejero de reyes — como tantos otros — no llama Imperio a la pura extensión ni al gran poder, sino a una concreta construcción.

Quien conoció seis Imperios en fruto o en flor, no podrá prescindir de su pasado para ir adelante. Seis Imperios son seis experiencias de que ninguna nación guarda, como nosotros, huella en la piel. Y prueba caldaria de lo que mejor conviene para cortar de raíz el tópico que ahora se usa con menos frecuencia. Bien está el ímpetu, pero no despreciemos por él los medios más seguros por tardos, ni nos valgamos de los más breves, que son más peligrosos. Recordemos la parábola de Saavedra en su *Idea de un Príncipe político-cristiano*: a esos tales suele suceder lo que al edificio levantado aprisa, sin dejar lugar a que se asiente y seque. Válganos la experiencia del Imperio y euidemos su estudio. No vaya a caer en tópico y a caer sin remedio tan copioso caudal.

Acción, tradición y doctrina

La doctrina prepara acontecimientos, pero también, y de singular manera, los acontecimientos hacen nacer doctrina. Sin bases ideales, no se conciben ciertas actitudes históricas, bien que la Historia nos muestra no pocas posturas que tienen la consecuencia de procurar bases ideales. El movimiento interno que remueve la política en el campo jurídico se exalta y desarrolla con un ímpetu mayor en la esfera puramente intelectual. Buena prueba, lo que sucede en nuestro más interesante —a este respecto— momento histórico en el mundo político, que constituye no sólo la circunstancia que rodea a Carlos V, sino esta otra de la que el César se hace rodear. Porque si es evidente que Carlos de Gante modifica sus puntos de vista en contacto con España —según Menéndez Pidal y Alcázar demuestran—, no es menos evidente que toda España se va modificando por obra de este Emperador que se hispaniza.

No vale aquí ver de qué forma avanza la hispanización del Monarca extranjero que llega a las tierras de Castilla hiriendo la emoción popular que ha venido levantando la tragedia de Doña Juana. Ante todo, importa advertir que, de un lado, Carlos V se encuentra con una postura política tradicional en torno al concepto de Imperio, y de otro, que el propio Carlos impulsa la creación de una postura propia enlazada con la tradición de España, para montar así una plataforma doctrinal para su política exterior.

Desde la época de Roma, España había celebrado con la idea imperial nupcias enfervorizadas y fecundas. Le había dado: la palabra «Imperator», en un Decreto del Pretor de la Bética; el Emperador ejemplar en Trajano, hecho un símbolo, y hasta con Séneca y con Prudencio una cierta parte de doctrina. Y como después de Roma, y a pesar de los godos, perdió la unidad, consideró siempre que la unidad era el primer paso para su política plenitud. Con Alfonso III esa unidad —heredada por el reino visigótico— resalta al tomarle por testamentario de la geografía peninsular. Covadonga vibra en la Crónica de Alfonso como salvación de la unidad española, y para situarse en ella como primogénito mejorado,

construye una estructura de jerarquía que le hace imponer su poderío a los demás reinos. Síntesis excelsa de esta postura, Alfonso VII, con la coronación leonesa de 1135 nos da, terminante, la tesis de que la unidad de España es el postulado de toda política.

Pero esta postura, obligaba a un aislamiento que fué roto por Alfonso VII, el que nos hace conocer como «fecho del Imperio» su aventurosa elección al Sacro Romano. Mas no se concibe plenamente Alfonso X sin Fernando III, que se quiso hacer llamar Emperador y emparentó con la imperial familia de los Suabia. Y aun sin el propio Fernando I el Grande, a quien en el Concilio de Tours de 1055 se le acusa de arrogarse el Imperio.

La idea de unidad está así tan enlazada y como subsumida en la postura de política exterior, que cuando Alfonso X trata de ser Emperador de Alemania y acepta el apoyo que dos ciudades del Imperio augusteo —Pisa y Marsella— le ofrecen para proclamarle Rey de Romanos, no olvida ser, por aquel camino —imponiendo su jerarquía cual nuevo Alfonso VII— en buen primer término Emperador de España.

Alfonso X, tan feliz en las ciencias y en la Casa de la Sabiduría, no tiene suerte semejante en las armas ni en el Palacio de los Políticos. Y cuando todavía discute con el Pontífice, dispuesto a no entregar por cuatro monedas su pretensión a ceñir la Corona de Aquisgrán, los benimerines asaltan las costas del Sur y finalmente deja sus ilusiones en Belcaire, ciertamente por menos que por cuatro monedas.

Si de esto nos legó su preocupación por el Mar no fué partija insignificante, que el Mar ha de ser, por suerte y por desgracia, el camino de cuantos quieran construir Imperio.

No lo ignoraba Isabel la Católica, que miró al Africa recordando lo que un Rey granadino aconsejara a Alfonso X, ni lo ignoraron con tantas otras cosas que recogieron en su bien recosido serán los dos grandes Reyes que al unir Aragón y Castilla cumplían la pretensión de Alfonso X y hacían ineficaces las reservas de cualquier futuro Jaime I. Por lo demás, los Reyes Católicos dotaron a la vieja doctrina de un elemento que estaba vivo, pero no había sido aún

debidamente proclamado: la función de defensa de la Cristiandad propia de la política española. Herencia, sin duda, de la experiencia de Guadalete, pero visión portentosa sobre toda de lo que Europa iba a ser sin la fe en el Vicario de Cristo.

Con todo esto se encuentra Carlos al venir a España en 1519, y con todo eso cuenta: la unidad, él la afirma más que nadie; el Mar, es él quien lo ama con singular pasión hasta llevarse a Yuste agujas, mapas y compases; la religión católica, él es quien la defiende en su encendida declaración de Vormes y él quien señala en Mulberga las consecuencias de la falta del Concilio que pide. Aunque cuenta con más, que trae consigo la preocupación por dotar de instrumento y de doctrina a lo que había sido solamente una postura en la visión clara de una línea de reyes.

Séquito y Caudillo

Carlos trata de rehacer el Sacro Romano Imperio. Algazarado en su elección, no porque pueda servirle una vanidad, sino porque con ella puede servir a una política, pretende dar al Sacro Romano Imperio los debidos elementos de eficacia.

Pero la idea del Imperio Romano Germánico estaba siendo superada. Ya no era una idea exclusiva. Los luteranos lanzaban palabras de novedad para dar objetivos a conceptos que se les iban de las manos —el de Imperio entre ellos— y querían hacer un «Imperio Nuevo», negando la esencia vieja y eterna del Imperio. No pudo Carlos, por consiguiente, sacar de la tesis europea cuanto necesitaba para la reconstrucción del Orbe y falló así toda una hipótesis: el Emperador iba a ser solamente Rey de Alemania y pilar importante, pero no eje esencial de la vida europea. El propio Carlos no tarda en comprenderlo, aun antes del golpe decisivo de la separación del Imperio Alemán y de la Monarquía Española, llegando a proceder en la misma Italia como rey de uno de sus territorios.

Ante este fracaso de un concepto exterior, ¿es temerario pensar que Carlos se recluya en la meditación de España? Considero que

desde el mismo Vormes, y con antecedente sugerido en La Coruña, Carlos quiere llevar a Europa la experiencia de aquel otro Imperio que para construir a España hicieron los antiguos Reyes de León. Como Alfonso III buscaba en la unidad la realidad de España en la Península, Carlos trataba de hacer sobre el mapa del Viejo Continente una Europa que fuese el nombre político y la estructura humana de la alta Cristiandad. Y con la idea española la idea romana —tan vivamente enlazada con aquélla— da viabilidad a una propia doctrina testimoniada ya en el Discurso de La Coruña.

Ahora bien, lo valioso es que estos elementos no los concibió Carlos como ideas —fuerzas que deberían accionar la reacción política en sentido de enlazarle físicamente—, sino como puntos de partida sobre los que habían de trabajar sus colaboradores. Y esto es quizá lo que no se ha notado bien. El éxito de Carlos está en esa participación de los intelectuales. Los busca y trae consigo como Consejeros y como trabajadores, al servicio de una idea. El mismo reconoció que tenía mejor Cronista que César. Pudo igualmente reconocer que las cabezas que colocaba en su séquito superaban a las que Augusto podía llevar cerca de sí. Pasma aquella floración de la inteligencia española y revela en todo caso como valor político la capacidad del Caudillo —en cuanto seleccionador de los mejores—, que le caracteriza. De esta manera, a las tesis hispanorromanas y católicas vincula la estructura germánica, típica, de séquito y caudillo, dando a su comitiva una representación y un sentido que ningún otro Emperador supo conseguir. Y ahí estriba, a mi modo de ver, el germanismo de Carlos de Gante. Síntesis de tan altos valores y valor supremo de la política, tenemos en él a la persona que podía hacer un Imperio a su imagen y semejanza.

Por eso considero que la construcción de una plataforma doctrinal que apoye a la política carlina y sirva a su vez para orientarla y fijarla, es el mejor espectáculo que la España del Siglo de Oro puede ofrecernos. El interés que el hecho inspira nos hace obligada una digresión que debe constituir verdadero fondo del paisaje que puso Tiziano a los dos ejemplares Emperadores que hubo de legarnos su pincel.

De Carlos V a Felipe III

Carlos dispone de gentes muy doctas en la vida y en los libros —enlace de sabiduría que siempre ha admirado y fué entonces fortuna—, que de la vida y desde ella escriben los poetas, y hasta los filósofos desde y sobre la vida tratan de argumentar.

El Discurso de la Corona en las Cortes de La Coruña se lo escribe don Pedro Ruiz de la Mota, ducho en lides para él viejas, que bien había luchado por cosas de política en España y en Flandes. El gran Discurso, da la idea a Italia; en Madrid, un mes de septiembre, se lo prepara Antonio de Guevara, que sabía de todo: desde la vida cortesana bajo los Católicos, a la vida campesina de la aldea, y que gastó la pluma en hacer crónica, contar navegación y comentar viejos anecdóticos. La Contestación al Pontífice en el asunto del Saco de Roma se la hace Alfonso de Valdés, su Secretario de Cartas Latinas o sencillamente su Secretario, que así le llama el Emperador y no tenemos por qué limitar su servicio...

Garcilaso llena el aire de poesías que ensalzan la milicia, y la milicia enrola a los poetas que cantan la guerra y el Imperio como aquellos juglares de rey y de dama. Hay Embajadores en Roma, y en Nápoles, y en Alemania y en Hungría, que cuentan con redes espléndidas de información. Y hasta Carlos le llegan desde Venecia los cuentos que el Papa hace correr para ir deshaciendo a un Protector que ya le parece demasiado poderoso. Juan Luis Vives le escribe sobre el problema de Europa en un denso tratado sobre la Concordia del Humano género, y Carlos comulga con las tesis de Vives y pide más bien Concilios, que batallas, y clérigos letrados en vez de guerreros; no porque desprecie al Ejército que iba a hacer posible Mulberga, sino porque cree que la enfermedad de Europa es dolencia de espíritu, que espiritualmente ha de remediarse. Y en Trento quiere que, ante todo, se trate de los Luteranos; pero tarde y con diplomacias de acuerdos entre el agua y el fuego, nada se consigue. Trento queda como estudio del dogma, no —cual Carlos pretendía— como padre de la concordia europea. Desde entonces Europa no ha conseguido la unidad que había de darle presencia

y eficacia decisivas. Mal después que ocasión como aquélla, de un César germánico, romano, cristiano y español ya no se vería. Desde entonces, España se desliga de la suerte del Imperio —que es sólo Imperio Alemán—, pero no —que sería traicionarse— de la fortuna de los conceptos que tradicionalmente se han ligado a los avatares del Imperio. Eso es lo que España sirve y constituye la tarea que ha de llevar adelante.

España ya no tiene al Emperador, pero sirve al Imperio, bien que Felipe II se encuentra sin Europa. La crisis de la unidad queda acentuada con la división de la herencia carlina. Es casi en vano que se ponga en boca de Carlos V, como política entre España y el Imperio, lo que Francisco de Medrano cantó:

Y entre ambos junte amor lo que yo parto.

Gran momento de excepcional empuje aquel de los consejos de Carlos a Felipe. El encargo de las cosas a que especialmente debía atender, pero gran doctrina también aquélla para la «Renovatio Imperii» que nos tocaba: la primer cosa, el Concilio, al que los mejores esfuerzos de Carlos y de sus intelectuales iban dirigidos; la segunda, la paz, esa de que Felipe II hablaba a las Cortes reunidas en Toledo —«Ya Europa, libre de cuidados y guerras, descansa en la paz general, tan deseada...»—; la tercera, que tenga por amistad principal la del Rey de Romanos, y la cuarta —¡oh dolorosa negligencia!—, la Armada siempre prevenida.

El Imperio se separa de España por el Mar, por la falta de un Concilio a tiempo y por el olvido de que el séquito es esencia, y queda vinculado solamente —que no es poco— por la religión y por la sangre. Pero el Imperio sin España falla, y Fernando I ya no es reconocido por el Pontífice.

España —sin Imperio— sirve a la tesis imperial cultivando la idea de la «Universitas Christiana», y sobre los títulos que faltan van llegando en teoría interminable hechos y acciones.

Nuestro oficio es velar por Europa y defender a las Indias que Dios nos dió, y a la Iglesia que Dios ha instituído. Así servimos siempre «la causa común de la Cristiandad» y cuando no hay ma-

nera de servirla por vínculos jerárquicos o parenteles, España teoriza en torno a un nuevo concepto: el de la Confederación de los Príncipes Cristianos sobre la línea de Arias de Valderas y López de Segovia.

A las exaltadas aspiraciones unitarias de un Orbe cristiano, como plantea Aldana en sus Octavas a Felipe II, y cruzándose con lo nacional del santiaguismo, según la postura de Fray Luis de León, siguen las tesis de la primacía de España en nuevo torneo de «loores» y con estructura de verdadera polémica hispanizante. Y vienen los volúmenes gruesos donde en nueva epidemia de glosa se aplica a la letanía de los «laudes» de España la técnica de las quinientas mil citas por capítulo. Así Valdés y López Madera y Zevallos y otros cien. Todos están impregnados del mismo afán reivindicador. Prueba evidente el Padre Berganza, que se enfrenta con quienes dudan de que Alfonso VII llevase título imperial y aduce mejoras frente a supuestos antecedentes de regia sacerdotal unción. España se hace así la primera, por más antigua y por mejor que todas. Precisamente ahí se enlaza la estructura de la Confederación sobre la presencia del concepto de una Cristiandad en la cual al Emperador han sucedido —en obligaciones— todos los Príncipes cristianos. Y nuevamente penetran los poetas en el campo de la política por la lira brillante de Cristóbal de Mesa, que dirige a Paulo V esta aspiración:

*Túrbese el mar, altérese la tierra,
la Cristiandad a tu socorro corra...*

Pero los tiempos eran, como la carne, flacos, y no podían imaginar epifanías, que ni siquiera estaban para nuevos advientos...

La teoría emancipacionista tomaba tintes de sucesión y con las novedades comienzan los nacionalismos —osecuramente planteados por Maquiavelo, y en España pegados en pasquines por las calles lisboetas...

Fernández de Navarrete habrá de darnos con una frase suya un acto de arranque para examinar nuestra conciencia histórica: que «sólo Castilla ha seguido diverso modo de imperar».

Proclamación y «laudes»

Para hacer ver la presencia del viejo impulso hay que partir de aquella misma esquina: la afirmación de Alfonso III ante Covadonga. Vale así porque antes de otra cosa y sobre todas, Falange significa proclamación de España. España es para nosotros una realidad suprema en la cual creemos. Obra de reyes y de poetas, de guerrilleros y de trovadores, España estaba olvidada desde que el español perdió su fe. Nuestro agnosticismo nacional nos hizo buscar a los dioses de fuera, como en la decadencia romana su agnosticismo hacía sentar a la diestra de Júpiter los dioses nuevos que Grecia y Fenicia ofrecían a los Emperadores victoriosos. También los españoles, decadentes, como la Roma decadente, fuimos sentando junto a España nuevas deidades, y terminamos perdiendo el respeto y el ímpetu de la Patria tras haberla dejado de rezar. Entronizamos dinastías e ideas y partidos y buscamos, como energías vivificadoras, nuevas creencias que nos despertasen. Claro que en vano, porque, fallados con reiteración nuestros deseos, nos faltaba la divina voluntad de creer. Ya no sabíamos creer y fuimos en busca de todos los curanderos imaginables. Llamamos a Ward para que curase nuestra hacienda y a Bentham para que nos hiciese una Constitución. Ultimamente, ya en tiempos de la SDN, vinieron sus expertos y el profesor Rist. Era un caso extraordinario de sugestión; como cuando uno está enfermo porque ha dejado de creer que está sano y va de clínica en clínica en busca de una panacea, sin darse cuenta de que la panacea la lleva dentro, que es la alegría y la dicha de la fe.

Así ha sentido de nuevo ahora la emoción de creer. Y creyendo, proclamándose, se afirmará en la realidad, porque las épocas de fe son las épocas constructivas. Ya desde que, ponderando de docto a Teodosio, afirmaba Horacio la hispanidad, y Latino Pacanio le decía: «Tu Madre es España, tierra la más feliz entre todas las tierras...», hasta que, pensando en nuestro próximo resurgir, el portugués Antonio Sardinha hablaba en Badajoz de la «Madre España». Con San Isidoro, a quien se debe el elogio más emocionado. Con Alfonso VI, que quiere ver esa realidad suprema, incluso en la geo-

grafía, y va al Sur y moja sus pies en el mar. Con el Cid, que recorre España y es su natural señor, para cristianos y para agarenos. Con Jaime II y con Alfonso el Sabio de Castilla. Sobre todo con los Reyes Católicos, cuando la fe llega a desparramarse por la copa de ilusión de nuestra España, y da todavía caudales que sobran para llenar las Indias de nuestra gran proclamación. Proclamación de España, que de ese modo era culto externo de una fe vigorosa, poderosa, expresa y clara que se advertía por todo lugar en el Episodio y en la Historia. Y así, porque España supo proclamarse, la vió Campanella antes de escribir su *Ciudad del Sol*.

Algunas gentes consideran con cristales de probada miopía las proclamaciones de España que cotidianamente hay que hacer, sin tomar en vano ese santo nombre. No sencillamente porque creamos que los honores, más que para disputarlos con sofismas, haya que tomarlos sobre sanas razones, sino porque en la buena línea de España las proclamaciones siempre fueron los mejores arúspices de los justos resultados.

Prueba al canto, la tradición de los «loores». Cuando Alfonso III advierte en la roca de Covadonga la salvación de España (*Spania salus*), tiene a la vista el Biclarense y sigue la cadena isidoriana que insertó entre nosotros los «laudes» iniciados por la Roma conquistadora y seducida. Y esos «laudes» pasan a Alfonso X, que es nuestro monarca el más enamorado del Imperio y el primer gran enamorado del Mar. Cuando Carlos V señala nuestra decisiva intervención en el Mundo y somete a Europa recreándola sobre la solera de nuestro espíritu, el Discurso de la Corona en las Cortes de La Coruña de 1520 es una oportuna insistencia en la serie de los «loores». «Agora —declárase allí, sencillamente— es vuelta a España la gloria que años pasados estaba dormida. Dicen los que escribieron en loor della que cuando las otras naciones enviaban tributos a Roma, España enviaba Emperadores...» Cuando Felipe III presencia el último y aparente esplendor imperial, quienes le convierten en tratado y dición tienen que referirse también a las viejas alabanzas. Y así se proclama aquella «Madre España», considerada

la tierra más feliz entre todas, y se recuerda la preocupación de Claudiano: «¿Qué voz humana será capaz de recordar tus glorias?»

«Agora me llamáis Emperador...»

El proclamar es, pues, según vieja experiencia, un modo anticipado de conseguir, y no sólo porque se venga a crear un estado de espíritu —que ya sería bastante cuando se pretenden instaurar insinuantes derrotismos—, sino porque en la proclamación hay, aun en el peor caso, un vigoroso enfervorizamiento. Y el fervor ha sido, es y será siempre la gran palanca de todas las políticas. Que no se crea que estas líneas van ahora con una sola preocupación de historia o de literatura. Desde San Isidoro acá, cuantos rezaron letanías hispánicas vinieron haciendo política. Y más que nadie ese Obispo de Badajoz que hace el Discurso de la Corona de 1520. Debajo de aquella alucinante exaltación —que aplica la serie lauretana a la Patria española— está nada menos que la conspiración desde Flandes frente a quienes temían que pudieran cortar sanamente, aplicando «buenos sentidos», la dimensión imperial que se preveía.

El Comendador mayor de Alcántara, don Luis de Avila y Zúñiga, es autor del *Comentario de la guerra de Alemania hecha por Carlos V*. Va dedicado a este insigne César, a quien llama sobre Rey de España «Máximo Emperador romano». Era, pues, el tiempo en el que el ditirambo resultaba prudente. Carlos V luchaba, en efecto, llevando con su potencia facticia el poderío espiritual de la Idea española. Basta releer alguna de las descripciones del Comendador para advertir cuánto podía la obra del César y regustar los manjares literarios realmente maravillosos de este comentarista. Entre sus valores está el no menguado de insertar mil anécdotas de las que sirven para hacernos ver lo que Carlos era y lo que imponía.

De entre aquéllas quiero recoger una: la que se mueve sobre el paisaje casi pastoril de la presentación del Duque de Sajonia después de la batalla de Mulberga. Se quitó el chapeo el Duque —cuenta don Luis— y dijo a Carlos, según la costumbre de Alemania: «Poderosísimo y graciosísimo Emperador, yo soy vuestro prisionero». A lo

que Carlos repuso: «Agora me llamáis Emperador, diferente nombre es éste del que me solíades llamar». Y apostilla el autor del *Comentario*: Esto lo dijo porque cuando el Duque de Sajonia y el Landgrave de Hesse traían el campo de la Liga, en sus escritos le llamaban «Carlos de Gante, el que piensa que es Emperador».

Venga el episodio para recordarnos que en Carlos V, espejo de españoles, pensar era ya una manera de ser, porque lo que pensaba no tardaba en adquirir vida de acción. Y para apoyarlo, un dato más: el de la lengua castellana. Nacido en Flandes y educado fuera de nuestras costumbres, al venir a España con su Rey los castellanos pidieron en Cortes que aprendiese y hablase el castellano. Y en 1536, en la solemne Sala de las Colgaduras, ante la más espléndida reunión de próceres que haya visto el Mundo, Carlos habló en español. Y habló haciendo de nuestro idioma el instrumento universal de nuestra política. Buena y terminante respuesta de quien al pensar obraba.

Largos siglos olvidados en los mamotretos de las bibliotecas, los hechos del gran Emperador van, en gracia de la actualidad, sacudiendo polilla. Y conviene que al salir a plaza tomen ya puesto definitivo en este azogue de nuestra Cultura. Que en esto del pensar y del hacer —y no mentemos el decir, que es mencionar la sogá— bien nos hacen falta lecciones de sucesos ejemplares.

No estaba mal que durante la Guerra Liberadora se pensase en la España que iba a salir del parto doloroso de los terruños que erugían al abrirse en el Guadarrama, el Ebro y las Asturias. Por no estar mal las cosas, ni siquiera estaba mal que se hablase —que ya es tanto decir—, pero lo que valía era el hacer. Que de su hacer ha tenido vida la Victoria. Más ahora, que el hablar no sirve de nada y el pensar sólo vale en cuanto el propósito se torna en acción o rellena cultura.

«Diferente nombre es éste del que me solíades llamar.» Para que eso pudiera decirse pasó la jornada de Mulberga. Que pase lo que deba pasar para que un día pueda decirse esto también de España.

«...Esta es la obra de la Falange: Que España se encuentre a sí misma, que los valores destaquen cuando surjan, que tengamos nuestra propia personalidad, que no tomemos la ajena, que no pongamos freno al servicio de Dios y al servicio de la Patria. Y cuando tengáis duda, cuando vacile vuestra inteligencia, no dudéis; no es vuestra inteligencia ni vuestra razón las que flaquean; es vuestro instinto, es vuestra carne. Haced lo que más os mortifique y habréis servido a España, habréis servido a Dios o habréis servido a la Falange.»

(Discurso del Caudillo a las Juventudes de Barcelona el 30 de enero de 1942.)